



tosos truenos, cayó un rayo en la torre de las campanas, y entrando por el balcon de la derecha, frontero al que solia ocupar el Rey, cruzó el coro hallándose los monjes en Completas. Fue tal el susto que estos recibieron, que algunos de ellos dieron con sus cuerpos en el suelo. Felipe II, que acudió diligente y temeroso del daño que pudiera haber causado la exhalacion, recobró su tranquilidad y dió gracias al Señor tan luego como vió que no habia hecho mas estragos que quitar el dorado y dejar una señal en el marco de dicho balcon (1).

Deslizábanse alegres los dias para Felipe II; mecíase su fantasía entre las mas halagüeñas esperanzas; y aunque la viveza de su imaginacion habia sido reemplazada por el frio cálculo y meditados pensamientos, habia ganado en el cambio, como sucede siempre que este cambio se efectua en nosotros. En años mas adelantados ganan las impresiones en profundidad lo que pierden en rapidez y viveza, ha dicho un escritor; y es muy fácil apoderarse del pensamiento, porque la inspiracion, como el pulso, caminan mas lentamente.

Felipe II gozaba en aquellos sitios porque, á mas de ver casi satisfechos sus deseos, cansado ya del yugo de la costumbre que la vida del bullicio impone, deseaba hallarse en el campo, ó sea en el seno de la naturaleza, donde todo es libre y primitivo. En aquella se goza, en este se siente. Allí hay vanidad, aquí hay inspiracion. Allí vive uno para los demás, aquí se vive para uno mismo. Allí es uno la sustancia blanda que se adhiere á las paredes de la turquesa, aquí no tiene uno mas norma que su alma, ni mas moderador que su corazon, ni mas consejero que su conciencia, ni mas cuadro que el de la naturaleza, en el que Dios con mano maestra ha trazado millones de maravillas sobre el gran lienzo enclavado en el firmamento. El verdadero criterio, mas que en los libros está en nosotros mismos, y se desarrolla á la vista de ese gran libro que ha escrito el Sér Supremo, en el que cada línea es un alarde de su omnipotencia, y cada letra un portento que nos demuestra nuestra pequeñez.

El fundador no solo inspeccionaba los trabajos interiores del edificio, sino que hacia sus escursiones al aire libre: solia errar por aquellos bosques ó sentarse al pie de las montañas que asombran al Escorial; y allí, en horas que no contaba, recorria en su memoria, así los trabajos artísticos de su monasterio como las enmarañadas hebras que le servian de guia en su política. De esta suerte continuó en el Escorial con su familia durante todo el otoño, y el 3 de noviembre partió para el Pardo, sin que en lo restante del año ocurriese nada digno de mencionarse.

Ya por aquel entonces habia tomado Felipe II una parte activa en los negocios de Francia. Si al propio tiempo que Enrique III perdía su honor en París, cuando las *barricadas* de 1588, no hubiera Felipe II perdido su armada Invencible, otra hubiera sido acaso la suerte de la Liga. El rey de Francia huyó á Chartres, Guisa quedó dueño de París; y aquel mismo Enrique que no se atrevió á hacer frente al de Guisa, tuvo sobrada avilantez para hacerle asesinar alevosamente en su mismo palacio de Blois, donde habia sido convocado el parlamento. Nunca creyó tanta maldad el príncipe lorenés, y despreció varios avisos, hasta que sintió en su garganta la cuchilla de los sicarios del rey (23 diciembre 1588). Aquel envilecido monarca salió á contemplar el cadáver, y dándole con la punta del pié exclamó: *¡Dios mio, qué grande es! ¡Parece mas grande muerto que vivo!* Y no contentó con esto hizo asesinar tambien casi á su presencia al Cardenal hermano del Duque. Pasó en seguida al cuarto de su madre Catalina, que se hallaba enferma, y como le dijese que estaba algo aliviada: *Yo tambien, le dijo Enrique, me siento mucho mejor, porque esta mañana he vuelto á ser rey de Francia, habiendo hecho morir al bello rey de París.* Hasta ahora has *cortado* bien, le dijo aquella muger maquiavélica; ahora te resta *coser* (2). A los pocos dias murió la artificiosa reina Catalina de Médicis, y un sacerdote desde el púlpito, despues de poner en duda si la Iglesia católica deberia rogar por ella, dijo que podian rezarla un *Padre nuestro* y un *Ave María* de caridad por si le servia de algo (3).

(1) El P. Sigüenza, tan concienzudo y parsimonioso en su narracion, nos dice con pasmosa candidez que aquel rayo fue obra del diablo por estorbar la colocacion de San Pedro, como Vicario de Jesucristo, y por la envidia manifiesta que tenia al monasterio del Escorial. Es admirable la manía de este notable escritor, atribuyendo á mediacion del demonio, como Fr. Diego de Yepes, cuantos percances y tropiezos se presentaron en la edificacion, bien fuesen sublevaciones de trabajadores, bien caidas de santos, bien huracanes, tempestades, falta de numerario ú otros accidentes.

(2) Vous avez bien taillé, maintenant il faut coudre. (Anotacion de Lafuente.)

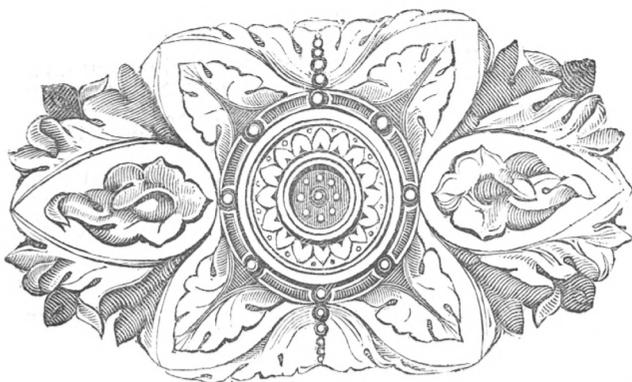
(3) En su sepulcro pusieron un epigramático y significativo epitafio, que traducido al castellano es como sigue:

Aquí yace una reina: fue un demonio  
Y un ángel á la vez; fue maldecida  
Y tambien cual ninguna fue encomiada.  
Al Estado sostuvo; holló el Estado;  
Produjo mil conciertos y debates;  
A tres reyes dió sér, y cinco guerras  
Civiles encendió su furia insana;  
Castillos levantó, batió ciudades,  
Sábias leyes nos dió y malos edictos.  
¡Infierno y Paraiso le desea!

(Joaquin Sanchez de Fuentes.)

La reine qui cy git fut un diable et un ange,  
Toute plaine de blâme et plaine de louange;  
Elle soutint l'Etat, et l'Etat mit à bas;  
Elle fit maints accords, et pas moins de débats;  
Elle enfanta trois rois et cinq guerres civiles,  
Fit bâtir des châteaux et ruiner des villes,  
Rendit des bonnes lois et des mauvais édits.  
Souhait-le, passant, enfer et paradis.

(Lafuente, pág. 267, tomo XIV.)



Ya Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, llamado rey de Navarra, y jefe de los hugonotes, reunía su ejército con el de Enrique III para someter á París, cuando un fraile dominicano se presenta en los puestos avanzados pidiendo entregar al rey una carta: admitido á su presencia hincó su rodilla en tierra, y mientras Enrique lee, el fraile, Jacobo Clemente, le clava un cuchillo que llevaba oculto en la manga de su hábito (1.º agosto 1589). El asesino cae muerto á los pies de su víctima, pero el rey espira también al poco

tiempo, declarando que Enrique de Navarra es su legítimo sucesor. El último monarca de la dinastía de Valois, que había dado reyes á Francia por más de dos siglos y medio, acababa de desaparecer. Allí comienza la dinastía de los Borbones.

Pero dejando á un lado multitud de incidentes que no son de nuestro objeto, volvamos la vista al Rey de España, y procuremos inquirir sus pensamientos, menos por blasonar de investigadores, que para probar la sin par organización de un monarca que, pasando la mayor parte de su vida en el Escorial ocupado en aprobar ó desechar los objetos artísticos, y no perdiendo al propio tiempo ninguno de los ejercicios monásticos, llevaba desde la celda los complicados hilos de toda la política del globo; del hombre singular por cuyas manos pasaban todos los negocios de estado en una época en que sus relaciones se estendían por las cuatro partes de la tierra.

Felipe II no podía permitir que el trono de Carlo Magno y de San Luis fuera ocupado por un protestante, después de tanto como había trabajado en favor de la liga católica. Enrique IV apretó el cerco de París, famoso por el hambre que experimentaron los sitiados, donde murieron más de 30.000 personas por falta de alimento. Procuraban los clérigos, dice Chateaubriand, entretener las ansias del pueblo con ceremonias y procesiones religiosas, que á fuerza de ser exajeradas degeneraban en ridículas. Cuando más apurado se encontraba París y sufría las consecuencias del más horrible asedio, marchaba en su defensa por orden del rey de España Alejandro Farnesio al frente de los aguerridos y victoriosos tercios de Flandes. El sitiador Enrique IV, á pesar de sus conocidas dotes bélicas, no creyó prudente esperarle, y alzó el cerco con que oprimía á la capital de Francia (30 agosto 1590), y después de tomar á Ligny y á Corbeil pisaron triunfantes los españoles las calles de la antigua Lutecia, cuyos habitantes celebraron su entrada con loca alegría en las calles y templos. Mas poco ó ningún provecho había de reportar la España de estas continuas guerras y sobre todo de la de Francia.

Avezados ya los españoles, dice un historiador, á las largas expediciones militares en que recojian gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por más de siete siglos á mirar á los enemigos de su culto como enemigos también de su independencia, servían gustosamente de instrumento á las empresas de su monarca, y fueron, como en tiempo del Emperador, á pelear en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra herejes y contra cristianos católicos. En una palabra, interviniendo las armas españolas en todos los negocios de Europa, se ganaron muchos laureles para después cojer muchas espinas.

La política de Felipe II con los Países-Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió á España su dinero y sus hombres. Para nuestro país fue una fatalidad y para Flandes una providencial espriación. Esta fue terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque después de infinitos desastres é infinitos horrores ejecutados por españoles y orangistas, y después de gastados generales y tesoros, el resultado fue constituirse en república libre las Provincias unidas allí donde Felipe II quiso establecer una imprudente presión, y producir una guerra larga y desastrosa que había de terminar por la pérdida de aquellos ricos países.

Veamos de qué manera la comunidad del Escorial aguardaba á su fundador en atención á acercarse la época santa del año, época en que rara vez faltó; tal era el especial gusto del monarca en hacer todos los ejercicios piadosos en medio de sus monjes.

Llegó el año 1591: el fundador tardó en ir al Escorial algo más de lo acostumbrado, por haber de celebrar la Semana Santa en Toledo, donde se detuvo para presenciar el auto de fe que hizo el santo tribunal de la Inquisición el domingo de la Sma. Trinidad. Por esta razón no se halló presente á la confirmación del séptimo Prior, para cuyo cargo, vacante por renuncia del P. Fr. Juan de San Gerónimo, había nombrado al P. Fr. Juan de Yepes. Presentóse sin embargo en el Escorial en la octava del Corpus, llevando consigo una gran cantidad de reliquias, y muchos y muy lindos relicarios, vasos de oro, plata y piedras preciosas, bronce dorados y cajas de cristales para contenerlas.

Encargado el P. Sigüenza de la custodia de estos tesoros, y mientras se determinaba el sitio que habían de ocupar,

las colocó provisionalmente en una sala grande sobre alfombras y paños de seda, donde iba con frecuencia á adorarlas el monarca acompañado de su hijo (1).

El 23 de agosto llegó al Escorial el Nuncio de S. S., Monseñor Darío Bocarin, acompañado del maestro de



ceremonias Guido, ambos comisionados por el nuevo Papa Gregorio XIV, para entregar en su nombre el estoque y sombrero benditos por él en la noche de Navidad al príncipe D. Felipe, y la rosa de oro á la Infanta su hermana, como prueba de benevolencia y adhesion.

Ya surcaban horizontales arrugas aquella régia frente, sobre la que reposaban tantas coronas y tantos intereses; ya se inclinaba algun tanto aquella cabeza, en la que bullian tantos cuidados y tantos y tan difíciles proyectos. Hallábase tambien asaz aflijido el Rey á causa de sus achaques, abrumado bajo el peso de los negocios, no poco cansado por la edad; pero aún se conservaban íntegros el mismo natural vigor y temple de alma, que nunca le habian abandonado, verdadero sostén de sus debilitadas fuerzas, única causa de aquel fenómeno fisiológico.

En el capítulo anterior dejamos al célebre secretario de Felipe II, Antonio Perez, en poder de la justicia: asunto verdaderamente extraño, y que á no hallarse consignado en documentos auténticos que disipan todo género de dudas, pasaria tal vez aquel suceso por fabuloso. Despues de haber sufrido el tormento, logró Antonio Perez fugarse de su prision, merced á la parte heroica que tomó su muger Doña Juana Coello. Disfrazado Perez con los vestidos de esta, se salió por entre los alguaciles que le guardaban, y sin experimentar el menor obstáculo (2).

Irritado Felipe II con esta fuga, mandó encarcelar á Doña Juana y á sus siete hijos: el reo se habia refugiado en Aragon, donde contaba numerosos amigos, y le amparaban las leyes de aquel reino. Los aragoneses llevaban muy á la fuerza la dominacion de los príncipes austriacos; así es que si entre ellos fue poco querida la persona de Carlos V, aún lo fue menos la de su hijo, cuyo fuerte carácter se hacia sentir mas que el de su padre. Los procedimientos criminales en Aragon eran entonces públicos, y tratándose de los *manifestados*, que temian ser oprimidos por los jueces que actuaban en nombre del monarca, interesaban demasiado la pública curiosidad para que fuesen ignorados de nadie. Harto sabia Felipe II las pocas simpatías con que contaba en el pais, y que un proceso como el de Perez no era el mas á propósito para captarse su benevolencia; por otra parte, el astuto y sagaz secretario, que conocia el terreno que pisaba, no se recataba en esparcir voces, que en la pública opinion le hacian aparecer como víctima inocente de la ingratitud y malas artes del monarca. De aquí la popularidad que logró tener en Zaragoza; de aquí las ulteriores consecuencias.

A pesar de todo, mandó el Rey que se le prendiese vivo ó muerto, y fue cojido en el monasterio de Calatayud; pero cualquiera que debiese ser su suerte futura, habíase mejorado mucho su condicion presente al abrigo de las leyes tutelares de Aragon.

Despues de otros muchos cargos, Antonio Perez fue declarado hereje, y en esta calidad debia ser entregado al tribunal de la santa Inquisicion. Formado el proceso de averiguacion y acojida la causa con toda la enerjía de que eran capaces los inquisidores de aquel tiempo, pidieron la persona del reo como de su sola competencia; y el Justicia y sus cinco lugartenientes, reunidos en tribunal, dieron su formal asentimiento.

Pero apenas se hizo pública la noticia en Zaragoza, resonó en las calles la voz de *contrafuero*, capaz ella sola, segun un

(1) Dice el P. Sigüenza que mas de cuatro veces le besó el Rey la mano al presentarle una reliquia, queriendo hacer de camino dos obras santas.

(2) Sábese por la historia, que hallándose toda la Corte reunida el Jueves Santo en Palacio con objeto de ir á visitar las estaciones, comenzó á correr la noticia entre los cortesanos de que Antonio Perez habia logrado fugarse de la cárcel; noticia que, dicho sea de paso, alegró á cuantos la oyeron, en términos que viendo el bufon tan serio á Felipe II en medio del general regocijo, le dirigió estas palabras. «Dime, Rey, ¿qué hombre es ese que tenias preso y se ha fugado? no debia ser muy justa su prision cuando todos celebran su fuga. Alégrate tú tambien con todos.» El que esto nos cuenta omite el decirnos de qué modo Felipe II, tan grave y austero, tomó el consejo del bufon. Que Felipe II, sin duda tan solo por seguir la moda de la época, tenia un bufon ú hombre de placer, como dice Sigüenza, todos lo sabemos, y ya hemos dado su retrato en la página 23; pero esta es la única vez que le hemos visto conversar con su Señor, y hasta nos atrevemos á dudarlo, en atencion á las palabras que dirigió á un Rey tan poco á propósito para admitir bufonadas. Algun escritor moderno y de un talento nada comun ha dicho que este mismo bufon reconvinó á Felipe II sobre su locura de empobrecer al pueblo para fundar el Escorial; sobre la dureza de su corazon, que lo mismo que su cabeza debia ser de piedra para soportar el peso de tantas coronas; y hasta comparándole en el asunto del Príncipe Carlos con el sacrificio de Isaac. Pero todo ello se nos antoja pura fábula y ficcion, porque hemos estudiado detenidamente el carácter del fundador, y no le conceptuamos capaz de escuchar reconvenciones, siquiera saliesen de la boca de un bufon.